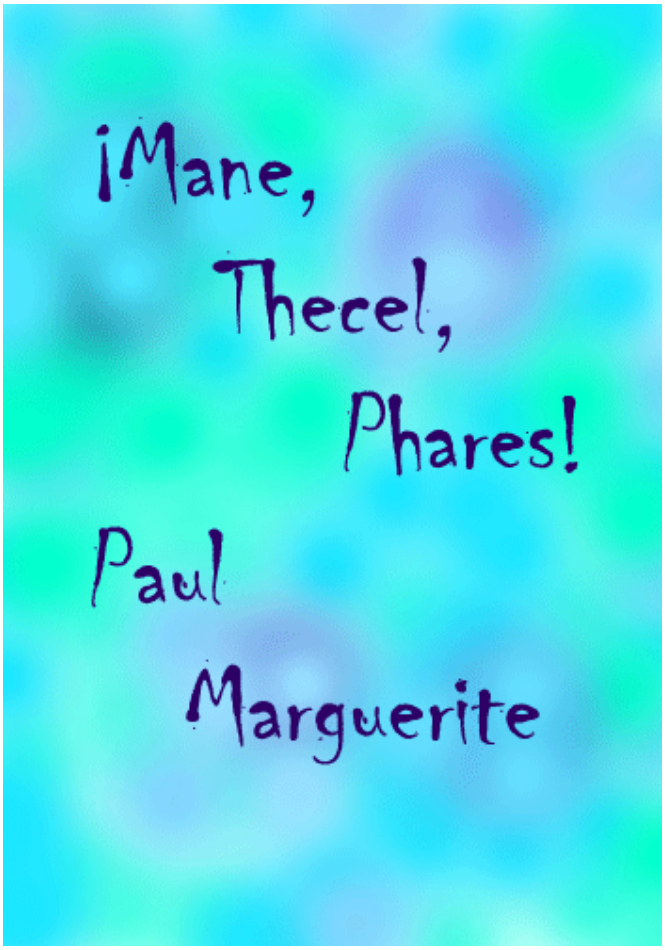
LIBRO dot.com

¡Mané, Thecel, Pharés!

Paul Marguerite



LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

¡MANÉ, THECEL, PHARÈS!

Paul Marguerite

I

René d'Yons no entró en su casa sino a las cuatro de la madrugada. El hotel que le servía de habitación desde la muerte de su madre, destacaba su blanca silueta sobre la oscuridad del jardín. Con mano temblorosa dio vuelta a la llave y empujó la puerta de reja.

Una melancolía singular, el efecto nervioso de la fiesta en que acababa de pasar varias horas, la influencia para él triste del champán, el malestar que sentía su cuerpo después de haber sido sacudido durante largo tiempo en un horrible fiacre de merodeador, en uno de esos fiacres enmohecidos que conducen enfermos al hospital o vagos a las barreras y que sirven de lecho al auriga y de granero al caballo, conservando el olor de la pipa y de la paja; los remordimientos de su juventud malgastada en el placer, la idea fija de esa enorme suma que acababa de perder en el juego y que sería necesario pagar antes de las doce; los nervios y las ideas, en fin, lo sumían en una sobreexcitación morbosa que le producía crispaciones extrañas.

Subió la escalinata de la puerta y después de haber alumbrado personalmente, (pues los viejos criados de la casa no esperaban jamás su regreso) una bujía en la lámpara del vestíbulo y de pasar deprisa por delante de las habitaciones cerradas de su difunta madre, penetró en su dormitorio. Una sensación de humedad -el frío de la noche sin sueño- le bañó las espaldas, acentuando la amenaza de un reumatismo precoz.

Al atravesar el umbral, la bujía se apagó entre sus manos como si una boca invisible hubiese soplado sobre la llama. "Una ráfaga de viento que acaba de entrar, sin duda, por esa ventana siempre abierta" se dijo a sí mismo. Al cabo de diez minutos empleados en buscar los fósforos, y encenderlos, la luz vacilante y débil se hizo ver, de nuevo iluminando los tapices, los muebles y el espejo en cuya luna clara y hermosa se reflejaba la figura de Mr. d'Yons, grande, flaco y pálido. Pero no bien hubo puesto atención en esa palidez, cuando su rostro cambió en verde su matiz amarillo... Y contrayendo el ceño, se puso a mirar, espantado, aterrorizado, mirando siempre hacia la misma dirección...

¿Qué era lo que miraba?

Allí, allí mismo, a sus pies, sobre la rica alfombra, extendida y con los dedos un poco encorvados, una mano que no pertenecía a ningún brazo, a ningún cuerpo, una mano misteriosa que nadie había traído, que sin duda vino por sí misma, una mano cortada, con su pliegue inmóvil de víctima, estaba ahí como una sugestión de crimen, como un fragmento de asesinato!...

¿Visiones? No; Mr. d'Yons se mantenía de pie, tan cerca del objeto sin vida, que aún habría podido tocarla con el pie... Efectivamente era una mano, una mano de carne, cortada del brazo como de un golpe de hacha y mostrando aún la carne viva y encarnada... "¿Sería una broma macabra? ... La imitación, en cera, de una mano... Una preparación anatómica?.." pensó un segundo; y deseando no engañarse, decidióse a tocarla con el extremo de sus botas de charol, mientras el disgusto más profundo le obligaba a contraer las comisuras de los labios. Un contacto blando y una elasticidad resistente le hicieron retroceder algunos pasos... La cosa vivía, había vivido varias horas antes... Y al convencerse, René temblaba de modo tal, que el candelero danzaba entre sus dedos produciendo el ruido monótono y prolongado de una campanilla...

II

Después de un momento de perplejidad monsieur d'Yons se atrevió a examinarlo todo. Primero echó una ojeada a su alrededor, y luego fue viendo, con cuidado, los objetos de su cuarto: el lecho, el armario, las cortinas de grandes pliegues... y conteniendo la respiración se puso a escuchar. Por la ventana entreabierta pasaba, con el olor de la tierra mojada, un soplo del jardín oscuro. Precipitadamente cerró las vidrieras, sin atreverse a desatar las maderas temiendo que un puñal asesino lo hiriese por la espalda haciéndole caer con los brazos cruzados sobre la baranda de hierro. Y con la bujía en una mano y un revólver de bolsillo en la otra, siguió examinando su dormitorio hasta que no hubo dejado un solo rincón ni una sola tapicería.

Pero no sabiendo lo que fuera de su cuarto pudiera pasarle, rápidamente, a pasos de lobo, subió la escalera que conducía al segundo piso, temiendo que alguno de sus viejos servidores hubiese sido víctima de los malhechores. Oyéndoles roncar, a través de la puerta, y no viendo nada de extraño en los corredores, bajó de nuevo, deteniéndose tembloroso y despavorido cada vez que sus pasos inseguros hacían rechinar la escalera. Abrió las piezas de

abajo, las que fueron ocupadas por Madame d'Yons. En todas ellas se sentía un olor penetrante de humedad; y como nada se había desarreglado en ellas desde hacía muchos años, un polvillo fino y sutil cubría ya las alfombras; los relojes de chimenea estaban parados: todo respiraba la inmovilidad de la muerte.

René volvió a su cuarto. Su aprensión era enorme; pero viendo que la mano no se había movido, sintióse menos conmovido de lo que era de esperar. Sólo la repugnancia persistía con la misma intensidad. Sin embargo, por una angustia supersticiosa y por el deseo de romper ese misterio en el cual lo había mezclado el azar, no pudo librarse de la obsesión poderosa que le obligaba a mirar de cerca, a comenzar un proceso... Y decidiéndose, al fin, se inclinó con la bujía en la mano...

III

Pequeña y delicada, esa mano debió pertenecer a una mujer o a un adolescente... Y d'Yons comenzó a sufrir la pesadilla del crimen: la sangre corría ante su vista; la víctima agonizaba mientras el hombre de grandes manos, de manos de carnicero, el bruto anónimo, el asesino cruel, cortaba en pedazos su cuerpo, aún tibio, con el cuchillo ensangrentado!... Tembloroso, hizo un gran esfuerzo por apartar esa idea y llamó en su auxilio la serenidad y la calma, queriendo llevar a cabo el análisis con la lucidez y la paciencia del magistrado. Esa mano era demasiado fina para no ser una mano de mujer; además estaba muy bien cuidada y sólo algunas manchas accidentales de hollín y un poco de ceniza que cubría el extremo de los dedos, empanaba su mate blancura. D'Yons volvió los ojos hacia la chimenea en donde el fuego se había consumido mucho tiempo antes de su llegada. No cabía duda de que había caído por allí, echada desde el techo por algún asesino ingenioso que quiso desembarazarse fácilmente de los pedazos de su víctima... Debió rebotar seguramente entre los carbones apagados y saltar hasta la alfombra.

Y parecía llena de carne, fresca, joven aun de vida... Era la mano izquierda. ¿En donde estaba la otra, la diestra? Tal vez sería encontrada, al día siguiente, en el jardín... ¿Si hubiese rodado allí mismo, bajo algún mueble? No, era necesario abandonar esa idea!... En el anular una sortija estrecha, arrancada por el matador, había dejado, como marca, una hendidura blanca y pequeña en la base del dedo. Un rasguño hería la palma... Las uñas estaban cortadas en forma de almendras.

Esa pobre mano tenía un aspecto provocador; parecía invitar a las presiones y a las caricias como si aun estuviese viva. Examinándola atentamente se notaba con facilidad que había pertenecido a una mujer galante, pues estaba suavizada por las pastas blancas y las leches virginales. René se atrevió a tocarla delicadamente, encontrándola suave como la seda, pero fría, fría como el mármol. Levantóla, y su peso, relativamente enorme, le sorprendió. Quiso extenderla por completo y los dedos se contrajeron. Lo que él estaba haciendo era sacrílego, en verdad, pero le habría sido imposible contenerse: su curiosidad perversa era más grande que su voluntad. Al fin levantóse, dirigiendo al espejo en que se reflejaba su rostro, una mirada de perplejidad y de espanto.

¿Qué hacer?

Esperar el día, desde luego. Por qué ¿de qué serviría correr a tales horas a las oficinas judiciales, despertar a los pobres criados que dormían apaciblemente, examinar las sombras peligrosas del jardín, y buscar por las calles al asesino?... Aunque el crimen se hubiese cometido a cincuenta pasos de su hotel, el malhechor estaría ya lejos. Además, bien podía ser que el homicidio se hubiese llevado a cabo en el extremo opuesto de París.... En todo caso era reciente; y René, recostado en un sillón frente a la ventana, con el revólver al alcance de la diestra, continuaba fijando sus pupilas en la mano desnuda, esforzándose por no ver en ella sino el contorno fino, blanco; tratando de olvidar la sección sangrienta cuya púrpura animal le horrorizaba.

No pudiendo dormir, las reflexiones más extrañas asaltaron su cerebro. Primero pensó en ocultar la cosa, disimulándola bajo un pedazo de tela; al fin, no pudiendo más, tomóla entre una toalla y la depositó cuidadosamente sobre la mesa de toilette, tirando un cancel para esconderla a sus miradas... Pero ella continuaba allí y d'Yons seguía viéndola con los ojos de la imaginación, siempre inmóvil, siempre sugerente...

Una gran piedad se apoderó de su alma -piedad de vividor para con la especie de mujeres a la cual pertenecía sin duda la muerta-. Ese género de asesinatos no era raro, por desgracia... También soñaba con los detalles que iban a llenar las columnas de los periódicos, en la historia de esa mano anónima llena de fúnebre celebridad. Imaginábase que, cuando el día hubiese aparecido, sus declaraciones ante el comisario de policía, el relato de su aventura en el club y sus pláticas con los reporters de diarios, darían a su nombre una celebridad momentánea pero ruidosa. Y su piedad se tornaba un enternecimiento completamente vulgar, lleno de la vanidad que el papel que se juega da y los aires que se toman aumentan.

Un miedo profundo, causado en su ánimo por el ruido del aire al sacudir las vidrieras, crispó sus dedos sobre el revólver, hízole aguzar el ojo y el oído, bañó su frente de sudor frío, y le sugirió la siguiente duda: ¿No habría obedecido la casualidad, ya bastante extraña para con él, al hacerle tal regalo, a influencias ocultas y a predestinaciones fatídicas?... ¿Por qué había sido su cuarto el lugar escogido para dejar caer ese objeto?... ¿Había en eso alguna intención de venganza, algo de las bárbaras represalias de otro tiempo? -suposición tan absurda como imperiosa que le hizo creer, durante algunos segundos, que aquella mano le era ya conocida-. "Sí -se repetía a sí mismo- yo la reconozco... Y si mi memoria no estuviera nublada, me sería fácil recordar su nombre..." La imagen de las mujeres y de los hombres que le acompañaron en la cena, comenzó a atormentarle. ¿Sería posible que?... Al fin rechazó, gracias a un esfuerzo supremo de voluntad, esos delirios que le hacían galopar el corazón y palpitar las sienes. ¡Un poco más y se habría vuelto loco!

IV

Tomó un libro y quiso leer una de esas historias que tanto interés despertaban otros días en él. ¡Imposible! Todas las líneas, todas las frases, todas las ideas, contenían para su imaginación febril algo de estas dos palabras: "mano - muerte". Al fin logró dejar a un lado la primera, mas la segunda persistía llenando su alma. Las visiones se sucedían rápidamente en su retina; y de la muerte de esa mujer desconocida pasó a su muerte. ¿Cuándo llegaría?... La vida es corta, muy corta, mucho más de lo que en general nos figuramos, por lo menos. La enfermedad, el accidente ridículo, el frío casual, el aire impuro, la caída del caballo, todo lo peligroso, en fin, nos atisba. Y después el drama está siempre en nuestro camino: la bala del revólver de un marido engañado y hasta el asesinato brutal y sangriento...

Entonces trató de volver seriamente la imaginación hacia el país del recuerdo, del recuerdo personal, íntimo; hacia los bellos años malgastados. Mientras su madre estuvo viva, él supo contenerse, por respeto. Pero después... Sus remordimientos le inspiraron una pregunta: ¿no ofenderé con mi vida de ahora su recuerdo y aún su presencia invisible? Esa mano -fragmento arrancado al misterio de otra existencia- trazaba en su presencia el signo enigmático y amenazador, el consejo cruel y saludable. La idea de la muerte no habría podido presentársele de manera más eficaz, de modo más trágico, ni bajo aspecto más solemne y

espantoso. Era necesario emplear mejor de lo que él lo hacía, esta vida perdurable, so pena de despreciarse demasiado; era preciso dejar de ser vago, medir sus fuerzas, creer en algo, en el límite de sus medios, servir a sus semejantes, amar algo, amar mucho, amar con ternura fecunda y devota... Durante largo tiempo René d'Yons se agarró de esta ancla de salvación anhelando ardientemente la aurora.

Al fin el sol comenzó a levantarse y sus rayos lívidos penetrando en las habitaciones a través de las cortinas, le libraron del velo espeso con que la horrible pesadilla lo envolviera. Y sin mirar el cancel ni lo que detrás se encontraba, comenzó a tirar, violentamente, del cordón de la campanilla...

****